EL MURO

Por Rodrigo Fresán



Cuál es la más grande diferencia entre la Gran Muralla China y el Muro de Berlín? Ahora, claro, sería que la primera existe y el segundo ha dejado de existir. Pero hace unos años –y más allá de la simpleza de que una es obra antigua y el otro es construcción moderna– el más atendible y definitivo factor de disimilitud es que la china fue pensada para unir territorios y el berlinés para separarlos.

La Muralla China, dicen, se puede ver desde la Luna. El Muro de Berlín, humilde, se las arregló para dejar una huella acaso más profunda y terrible en poco menos de tres décadas convirtiéndose –horrores del mundo moderno– en altar donde se sacrificaron mártires a la vez que en atracción turística.

La entrada que invoca su fantasma en mi *The Wordsworth Encyclopedia* lo define de este modo: "El Muro de Berlín fue la barrera divisora entre las dos Alemanias –Este y Oeste– durante los años 1961-1989 y fue erigida por Alemania del Este para evitar el paso de sus ciudadanos hacia el otro lado. Los que lo intentaban eran ejecutados in situ. El 9 de noviembre Alemania del Este abrió sus fronteras y el Muro comenzó a ser gradualmente desmantelado".

Algo así, y leído de este modo, todo el asunto posee ya el perturbador perfume de lo legendario e inverosímil y... ¿pasará lo mismo en unos años con el World Trade Center?

En cualquier caso, el Muro de Berlín no demoró en ser pronta y fecundamente asumido como interesante locación para ficciones escritas y cantadas y los años fueron tatuando sus flancos con graffitis desesperados. El género que más y mejor uso hizo de él –era inevitable– fue el de la novela de espías. Hombres de uno y otro lado saltándolo por arriba o evitándolo por abajo como si se pasara de una a otro dimensión en un mismo mundo.

Se sabe, también, que no hay mejor autor vivo de espionajes varios que el británico John Le Carré. Alias y nombre clave de David John Moore (Cornwell, 1931), Le Carré sirvió –como corresponde– en el Foreign Service para después volcar este experiencia en varias novelas acerca del gris y sórdido mundo de funcionarios gubernamentales que, de vez en cuando, desenfundan un arma con muy pocas ganas. La serie que tiene como protagonista al magno burócrata de lo secreto George Smiley es la que más alegrías le dio, pero fue *El espía que llegó del frío* (1963) con la que consolidó su reputación como maestro del asunto. La novela –breve, seca, casi existencialista en tono e intenciones– es, además, una de las más tristes y vencidas historias de amor jamás contadas a la vez que un perfecto estudio y descripción sobre el terreno y junto al Muro.

Ese muro cuyos restos acabaron siendo vendidos como souvenirs.

Aquí, sobre mi escritorio, tengo un pedazo.

El espía que surgió del frío

Por John Le Carré

Capítulo XXV
El Muro

–Si así es, Alec –dijo Liz por fin–, ¿cuál fue mi papel en todo esto?

Su voz era tranquila, casi normal.

–Sólo lo puedo suponer, Liz, por lo que sé y por lo que me dijo Mundt antes de separarnos. Fiedler sospechaba de Mundt: pensaba que Mundt hacía el doble juego. Le odiaba, desde luego –¿por qué no iba a odiarle?–, pero tenía razón también: Mundt era un agente de Londres. Fiedler era demasiado poderoso para que Mundt lo eliminara por sí solo, de modo que Londres decidió hacerlo por él. Aún me parece que les estoy viendo: tan condenadamente académicos como son. Les estoy viendo alrededor del fuego en uno de sus asquerosos clubs elegantes. Sabían que no bastaba con eliminar sólo a Fiedler: podría haber hablado con amigos, publicado acusaciones: tenían que eliminar la sospecha. Una rehabilitación pública, eso es lo que le organizaron a Mundt.

Pasó la izquierda para adelantar a un camión con remolque. Al hacerlo así, el camión le cerró inesperadamente, de modo que tuvo que frenar con violencia sobre unos baches para evitar ser lanzado contra la valla divisoria de setos a su izquierda.

–Me dijeron que le preparara la trampa a Mundt –dijo con sencillez–, dijeron que había que matarle, y yo acepté. Iba a ser mi último trabajo. Así que me "dejaron para simiente", y le pagué al tendero... Ya sabes todo eso.

–¿Y también hiciste el amor? –preguntó Liz en voz baja.

Leamas movió la cabeza.

–Pues ésa es la cuestión, ya ves –continuó–. Mundt lo sabía todo: conocía el plan; él me hizo recoger, él y Fiedler. Luego dejó a Fiedler que se ocupara del asunto, porque sabía que al fin Fiedler se haría ahorcar. Mi trabajo era hacerles pensar lo que en realidad era verdad: que Mundt era un espía inglés –vaciló–. Tu trabajo consistía en hacer que no me creyeran. Fiedler será fusilado y Mundt se habrá salvado, providencialmente librado de una conspiración fascista. Es el viejo principio del amor de rebote, el éxito por carambola.

–Pero ¿cómo podrían saber de mí, cómo podían saber que íbamos a estar juntos? –gritó Liz–. Por Dios, Alec, ¿saben incluso predecir cuándo la gente se va a enamorar?

–Eso no importaba: no dependía de eso. Te eligieron porque eras joven y bonita y del Partido, porque sabían que vendrías a Alemania si te enviaban una invitación. El hombre de la Agencia de Colocaciones, Pitt, fue quien me envió allá: sabían que yo había de trabajar en la Biblioteca. Pitt estuvo en el Service durante la guerra y supongo que se habían puesto de acuerdo con él. No tenían más que ponernos a ti y a mí en contacto, aunque fuera por un día, no importaba; luego podían ir a verte después, mandarte el dinero, hacer que pareciera un asunto amoroso aunque no lo fuera, ¿no ves? Quizá hacer que pareciera un antojo. El único punto vulnerable era que después de reunirnos te habrían de mandar dinero como si fuera a petición mía. En realidad, se lo presentamos demasiado fácil...

–Sí, demasiado –y luego añadió–: Me siento sucia, Alec, como si me hubiera revolcado en el estiércol.

Leamas no dijo nada.

–¿Eso le tranquilizó la conciencia a tu Departamento: Explotar... a alguien del Partido, en vez de a cualquier otra persona? –continuó Liz.

Leamas contestó: –Quizá. Realmente, ellos no piensan en tales términos. Fue una conveniencia personal.

–Me podría haber quedado en esa prisión, ¿no? Eso es lo que quería Mundt, ¿no? No veía motivo para asumir el riesgo: tal vez había oído demasiado, adivinado demasiado. Después de todo, Fiedler era inocente, ¿no? Pero, claro, es un judío –añadió excitada–: Así que no importa mucho, ¿verdad?

–Ah, demonios –exclamó Leamas.

–De todos modos, parece raro que Mundt me deje ir, aun como parte del trato contigo –caviló–. Ahora soy un peligro, ¿no? Cuando vuelva a Inglaterra, un miembro del Partido que sepa todo esto... No parece lógico que me dejara marchar.

–Espero –contestó Leamas– que utilice nuestra escapatoria para demostrar al Presidium que hay otros Fiedler en su Departamento, a los que hay que cazar.

–¿Y otros judíos?

–Eso le resulta una oportunidad inmejorable para consolidar su posición –contestó Leamas, con sequedad.

–¿Matando más gente inocente? No parece preocuparte mucho...

–Claro que me preocupa. Me pone enfermo de vergüenza y de rabia y... Pero a mí me han educado de otro modo, Liz; yo no puedo ver en blanco y negro. Le gante que juega a esto acepta sus riesgos. Fiedler ha perdido y Mundt ha ganado. Londres ha ganado..., ésa es la cuestión. Ha sido una operación sucia, muy sucia. Pero ya está saldada, y ésa es la única regla.

Al hablar fue elevando la voz, hasta que al fin casi gritaba.

–Tratas de convencerte a ti mismo –gritó Liz–. Has hecho una cosa mala. ¿Cómo puedes matar a Fiedler? Era bueno, Alec: sé que lo era. Y Mundt...

–¿De qué diablos te quejas? –preguntó ásperamente Leamas–. Tu Partido siempre está en guerra, ¿no? Sacrificando el individuo a las masas. Eso es lo que dice. La realidad socialista: luchar día y noche, la batalla infatigable; eso es lo que dice, ¿no? Por lo menos, tú has sobrevivido. Nunca he oído decir que los comunistas respetaran la dignidad de la vida humana; acaso lo he entendido mal –añadió sarcásticamente–. Sí, de acuerdo, sí, podrías haber quedado destruida. Eso era lo normal. Mundt es un cerdo maligno: no le veía el sentido a dejarte sobrevivir. Su promesa –suponiendo que prometiera hacer lo mejor por ti– no valía gran cosa. Así, podrías haber muerto –hoy, el año que viene, o dentro de veinte años– en una prisión del paraíso de los trabajadores. Y yo también. Pero me parece recordar que el Partido tiende a la destrucción de toda una clase. ¿O le he entendido mal?

Sacando un paquete de cigarrillos de la chaqueta, le alargó dos, junto con una caja de cerillas. Los dedos de Liz temblaban cuando los encendió y le devolvió uno a Leamas.

–Lo has pensado bien todo, ¿no? –preguntó Liz.

–Por casualidad, encajábamos en el molde –insistió Leamas–, y lo lamento. Lo lamento también por los demás, los demás que encajan en el molde. Pero no te quejes de las condiciones, Liz; son condiciones del Partido. Un pequeño precio por un gran beneficio. Uno sacrificado por muchos. No es agradable, ya lo sé, elegir quién va a ser, convertir el plan en personas.

Ella escuchaba en la oscuridad, sin darse cuenta de nada, durante un momento, de nada que no fuera la carretera que se desvanecía ante ellos y del sordo horror en su ánimo.

–Pero me han permitido quererte –dijo Liz por fin–. Y tú me dejas creer en ti y quererte.

–Nos han utilizado –replicó Leamas, despiadado–. Nos han estafado a los dos porque era necesario. Fiedler ya estaba condenadamente cerca del blanco, ¿no ves? Habrían cazado a Mundt, ¿no puedes comprenderlo?

–¿Cómo puedes volver del revés el mundo? –gritó Liz de repente–. Fiedler era amable y decente: no hacía más que su trabajo, y ahora le has matado. Mundt es un espía y un traidor, y le proteges. Mundt es un nazi, ¿lo sabes? Odia a los judíos... ¿De qué lado estás tu? ¿Cómo puedes...?

–Hay sólo una ley en este juego –replicó Leamas–. Mundt es su agente: les da lo que necesitan. Es bastante fácil de entender, ¿no? Leninismo: la conveniencia de las alianzas transitorias. ¿Qué te imaginas que son los espías: sacerdotes, santos y mártires? Son una lamentable procesión de memos vanidosos, y traidores, además; sí: maricas, sádicos, borrachos, gente que juega a pieles rojas y "cowboys" para iluminar sus putrefactas vidas. ¿Crees que están sentados como monjes, en Londres, sopesando el bien y el mal? Yo habría matado a Mundt si hubiera podido; le odio; pero ahora no. Da la casualidad de que le necesitan. Le necesitan para que la gran masa de imbéciles que admiras pueda dormir tranquilamente en sus camas por la noche. Le necesitan para la seguridad de la gente corriente y moliente como tú y como yo.

–Pero, y de Fiedler, ¿qué? ¿No sientes nada por él?

–Es una guerra –contestó Leamas–. Es desagradable y demasiado visible porque se lucha en pequeña escala, de cerca; se lucha a veces, lo admito, desperdiciando alguna vida inocente. Pero eso no es nada, nada en absoluto, al lado de otras guerras..., la pasada o la próxima.

–Dios mío –dijo Liz, suavemente–. No entiendes. No quieres entender. Tratas de convencerte a ti mismo. Es mucho más terrible lo que hacen éstos: encontrar la humanidad en la gente, en mí o en cualquiera a quien usen, y usarla como un arma en sus manos, y usarla para herir y matar...

–¡Válgame Dios!... –gritó Leamas–. ¿Qué otra cosa han hecho los hombres desde que empezó el mundo? Yo no creo en nada, ¿no ves?; ni siquiera en la destrucción o la anarquía. Estoy harto, harto de ver matar, pero no veo qué otra cosa pueden hacer. No hacen prosélitos, no se suben a púlpitos ni a tribunas del Partido a decirnos que luchemos por la Paz o por Dios o por lo que sea. Son los pobres zoquetes que tratan de evitar que los predicadores se hagan volar unos a otros por los aires.

–Te equivocas –afirmó Liz desesperada–, son peores que todos nosotros.

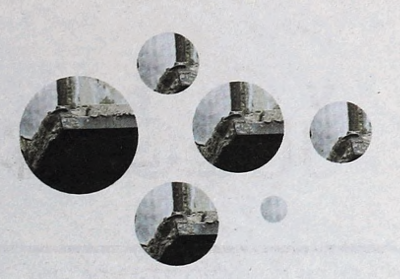
–¿Porque te hice el amor cuando creías que yo era un vagabundo? –preguntó Leamas con ferocidad.

–Por el desprecio que tienen ellos –replicó Liz–; desprecio por todo lo verdadero y lo bueno; desprecio por el amor, desprecio...

–Sí –asintió Leamas, de repente fatigado–; ése es el precio que pagan: despreciar a Dios y a Karl Marx en la misma frase. Si es eso lo que quieres decir.

–Os hace ser a todos lo mismo –continuó

El espía que surgió del frío



Por John Le Carré

Capítulo XXV

El Muro

–Si así es, Alec –dijo Liz por fin–, ¿cuál fue mi papel en todo esto?

Su voz era tranquila, casi normal.

–Sólo lo puedo suponer, Liz, por lo que sé y por lo que me dijo Mundt antes de separarnos. Fiedler sospechaba de Mundt: pensaba que Mundt hacía el doble juego. Le odiaba, desde luego –¿por qué no iba a odiarle?–, pero tenía razón también: Mundt era un agente de Londres. Fiedler era demasiado poderoso para que Mundt lo eliminara por sí solo, de modo que Londres decidió hacerlo por él. Aún me parece que les estoy viendo: tan condenadamente académicos como son. Les estoy viendo alrededor del fuego en uno de sus asquerosos clubs elegantes. Sabían que no bastaba con eliminar sólo a Fiedler: podría haber hablado con amigos, publicado acusaciones: tenían que eliminar la sospecha. Una rehabilitación pública, eso es lo que le organizaron a Mundt.

Pasó la izquierda para adelantar a un camión con remolque. Al hacerlo así, el camión le cerró inesperadamente, de modo que tuvo que frenar con violencia sobre unos baches para evitar ser lanzado contra la valla divisoria de setos a su izquierda.

–Me dijeron que le preparara la trampa a Mundt –dijo con sencillez–, dijeron que había que matarle, y yo acepté. Iba a ser mi último trabajo. Así que me "dejaron para simiente", y le pagué al tendero... Ya sabes todo eso.

–¿Y también hiciste el amor? –preguntó Liz en voz baja.

Leamas movió la cabeza.

–Pues ésa es la cuestión, ya ves –continuó–. Mundt lo sabía todo: conocía el plan; él me hizo recoger, él y Fiedler. Luego dejó a Fiedler que se ocupara del asunto, porque sabía que al fin Fiedler se haría ahorcar. Mi trabajo era hacerles pensar lo que en realidad era verdad: que Mundt era un espía inglés –vaciló–. Tu trabajo consistía en hacer que no me creyeran. Fiedler será fusilado y Mundt se habrá salvado, providencialmente librado de una conspiración fascista. Es el viejo principio del amor de rebote, el éxito por carambola.

–Pero ¿cómo podrían saber de mí, cómo podían saber que íbamos a estar juntos? –gritó Liz–. Por Dios, Alec, ¿saben incluso predecir cuándo la gente se va a enamorar?

–Eso no importaba: no dependía de eso. Te eligieron porque eras joven y bonita y del Partido, porque sabían que vendrías a Alemania si te enviaban una invitación. El hombre de la Agencia de Colocaciones, Pitt, fue quien me envió allá: sabían que yo había de trabajar en la Biblioteca. Pitt estuvo en el Service durante la guerra y supongo que se habían puesto de acuerdo con él. No tenían más que ponernos a ti y a mí en contacto, aunque fuera por un día, no importaba; luego podían ir a verte después, mandarte el dinero, hacer que pareciera un asunto amoroso aunque no lo fuera, ¿no ves? Quizá hacer que pareciera un antojo. El único punto vulnerable era que después de reunirnos te habrían de mandar dinero como si fuera a petición mía. En realidad, se lo presentamos demasiado fácil...

–Sí, demasiado –y luego añadió–: Me siento sucia, Alec, como si me hubiera revolcado en el estiércol.

Leamas no dijo nada.

–¿Eso le tranquilizó la conciencia a tu Departamento: Explotar... a alguien del Partido, en vez de a cualquier otra persona? –continuó Liz.

Leamas contestó: –Quizá. Realmente, ellos no piensan en tales términos. Fue una conveniencia personal.

–Me podría haber quedado en esa prisión, ¿no? Eso es lo que quería Mundt, ¿no? No veía motivo para asumir el riesgo: tal vez habría oído demasiado, adivinado demasiado. Después de todo, Fiedler era inocente, ¿no? Pero, claro, es un judío –añadió excitada–: Así que no importa mucho, ¿verdad?

–Ah, demonios –exclamó Leamas.

–De todos modos, parece raro que Mundt me deje ir, aun como parte del trato contigo –caviló–. Ahora soy un peligro, ¿no? Cuando vuelva a Inglaterra, un miembro del Partido que sepa todo esto... No parece lógico que me dejara marchar.

–Espero –contestó Leamas– que utilice nuestra escapatoria para demostrar al Presidium que hay otros Fiedler en su Departamento, a los que hay que cazar.

–¿Y otros judíos?

–Eso le resulta una oportunidad inmejorable para consolidar su posición –contestó Leamas, con sequedad.

–¿Matando más gente inocente? No parece preocuparte mucho...

–Claro que me preocupa. Me pone enfermo de vergüenza y de rabia y... Pero a mí me han educado de otro modo, Liz; yo no puedo ver en blanco y negro. Le gante que juega a esto acepta sus riesgos. Fiedler ha perdido y Mundt ha ganado. Londres ha ganado..., ésa es la cuestión. Ha sido una operación sucia, muy sucia. Pero ya está saldada, y ésa es la única regla.

Al hablar fue elevando la voz, hasta que al fin casi gritaba.

–Tratas de convencerte a ti mismo –gritó Liz–. Has hecho una cosa mala. ¿Cómo puedes matar a Fiedler? Era bueno, Alec: sé que lo era. Y Mundt...

–¿De qué diablos te quejas? –preguntó ásperamente Leamas–. Tu Partido siempre está en guerra, ¿no? Sacrificando el individuo a las masas. Eso es lo que dice. La realidad socialista: luchar día y noche, la batalla infatigable; eso es lo que dice, ¿no? Por lo menos, tú has sobrevivido. Nunca he oído decir que los comunistas respetaran la dignidad de la vida humana; acaso lo he entendido mal –añadió sarcásticamente–. Sí, de acuerdo, sí, podrías haber quedado destruida. Eso era lo normal. Mundt es un cerdo maligno: no le veía el sentido a dejarte sobrevivir. Su promesa –suponiendo que prometiera hacer lo mejor por ti– no valía gran cosa. Así, podrías haber muerto –hoy, el año que viene, o dentro de veinte años– en una prisión del paraíso de los trabajadores. Y yo también. Pero me parece recordar que el Partido tiende a la destrucción de toda una clase. ¿O le he entendido mal?

Sacando un paquete de cigarrillos de la chaqueta, le alargó dos, junto con una caja de cerillas. Los dedos de Liz temblaban cuando los encendió y le devolvió uno a Leamas.

–Lo has pensado bien todo, ¿no? –preguntó Liz.

–Por casualidad, encajábamos en el molde –insistió Leamas–, y lo lamento. Lo lamento también por los demás, los demás que encajan en el molde. Pero no te quejes de las condiciones, Liz; son condiciones del Partido. Un pequeño precio por un gran beneficio. Uno sacrificado por muchos. No es agradable, ya lo sé, elegir quién va a ser, convertir el plan en personas.

Ella escuchaba en la oscuridad, sin darse cuenta de nada, durante un momento, de nada que no fuera la carretera que se desvanecía ante ellos y del sordo horror en su ánimo.

–Pero me han permitido quererte –dijo Liz por fin–. Y tú me dejas creer en ti y quererte.

–Nos han utilizado –replicó Leamas, despiadado–. Nos han estafado a los dos porque era necesario. Fiedler ya estaba condenadamente cerca del blanco, ¿no ves? Habrían cazado a Mundt, ¿no puedes comprenderlo?

–¿Cómo puedes volver del revés el mundo? –gritó Liz de repente–. Fiedler era amable y decente: no hacía más que su trabajo, y ahora le has matado. Mundt es un espía y un traidor, y le proteges. Mundt es un nazi, ¿lo sabes? Odia a los judíos... ¿De qué lado estás tu? ¿Cómo puedes...?

–Hay sólo una ley en este juego –replicó Leamas–. Mundt es su agente: les da lo que necesitan. Es bastante fácil de entender, ¿no? Leninismo: la conveniencia de las alianzas transitorias. ¿Qué te imaginas que son los espías: sacerdotes, santos y mártires? Son una lamentable procesión de memos vanidosos, y traidores, además; sí: maricas, sádicos, borrachos, gente que juega a pieles rojas y "cowboys" para iluminar sus putrefactas vidas. ¿Crees que están sentados como monjes, en Londres, sopesando el bien y el mal? Yo habría matado a Mundt si hubiera podido; le odio; pero ahora no. Da la casualidad de que le necesitan. Le necesitan para que la gran masa de imbéciles que admiras pueda dormir tranquilamente en sus camas por la noche. Le necesitan para la seguridad de la gente corriente y moliente como tú y como yo.

–Pero, y de Fiedler, ¿qué? ¿No sientes nada por él?

–Es una guerra –contestó Leamas–. Es desagradable y demasiado visible porque se lucha en pequeña escala, de cerca; se lucha a veces, lo admito, desperdiciando alguna vida inocente. Pero eso no es nada, nada en absoluto, al lado de otras guerras..., la pasada o la próxima.

–Dios mío –dijo Liz, suavemente–. No entiendes. No quieres entender. Tratas de convencerte a ti mismo. Es mucho más terrible lo que hacen éstos: encontrar la humanidad en la gente, en mí o en cualquiera a quien usen, y usarla como un arma en sus manos, y usarla para herir y matar...

–¡Válgame Dios!... –gritó Leamas–. ¿Qué otra cosa han hecho los hombres desde que empezó el mundo? Yo no creo en nada, ¿no ves?; ni siquiera en la destrucción o la anarquía. Estoy harto, harto de ver matar, pero no veo qué otra cosa pueden hacer. No hacen prosélitos, no se suben a púlpitos ni a tribunas del Partido a decirnos que luchemos por la Paz o por Dios o por lo que sea. Son los pobres zoquetes que tratan de evitar que los predicadores se hagan volar unos a otros por los aires.

–Te equivocas –afirmó Liz desesperada–, son peores que todos nosotros.

–¿Porque te hice el amor cuando creías que yo era un vagabundo? –preguntó Leamas con ferocidad.

–Por el desprecio que tienen ellos –replicó Liz–; desprecio por todo lo verdadero y lo bueno; desprecio por el amor, desprecio...

–Sí –asintió Leamas, de repente fatigado–; ése es el precio que pagan: despreciar a Dios y a Karl Marx en la misma frase. Si es eso lo que quieres decir.

–Os hace ser a todos lo mismo –continuó Liz–; lo mismo que Mundt y todos los demás... Yo debería saberlo; yo he sido la que ellos han hecho dar vueltas a patadas, ¿no? Por ellos, por ti, porque no te importa. Sólo a Fiedler le importó... Pero a todos los demás..., todos me habéis tratado como si fuera... nada..., solamente moneda con que pagar... Sois todos lo mismo, Alec.

–Ah, Liz –dijo él, desesperadamente–; por Dios, créeme. Lo odio, lo odio todo completamente; estoy cansado. Pero es el mundo, es la humanidad que se ha vuelto loca. Somos un precio pequeño que pagar... pero en todas partes es lo mismo; la gente estafada y extraviada; vidas enteras tiradas por ahí: gente fusilada y en la cárcel, clases y grupos enteros de hombres eliminados por nada. Y tu, tu Partido... Dios sabe si está construido sobre los cadáveres de gente corriente. Tú nunca has visto morir a los hombres como yo, Liz...

Oyéndole, Liz recordó el patio gris de la prisión, y la guardiana que decía: "Es una prisión para los que retardan la marcha..., para los que creen tener derecho a errar".

De repente, Leamas se puso tenso, escudriñando a través del parabrisas. En las luces del coche, Liz distinguió una figura de pie en la carretera.Tenía en la mano una pequeña luz que encendía y apagaba cuando se acercó el coche.

–Es él –murmuró Leamas; quitó el contacto de los faros y el motor, y se dejó ir silenciosamente adelante. Al llegar a su lado, Leamas se echó atrás y abrió la puerta trasera.

Liz no se volvió a mirarle cuando entró. Miraba rígidamente hacia delante, la lluvia que caía por la calle.

* * *

–Marche a treinta por hora –dijo el hombre. Su voz estaba tensa y asustada–. Le diré el camino... Cuando lleguemos al sitio, tiene que salir y correr al muro. El reflector estará encendido en el punto en que tiene que trepar. Póngase en la luz del reflector. Cuando la luz empiece a girar, apartándose, empiecen a trepar. Tendrán noventa segundos para pasarse. Usted vaya delante –dijo a Leamas–, y que la chica le siga. Hay salientes de hierro en la parte baja: después de eso, tiene que subir como puedan. Tendrá usted que sentarse encima y tirar de la chica para arriba. ¿Comprendido?

–Comprendido –dijo Leamas–. ¿Cuánto tenemos que andar aún?

–Si marcha a treinta estaremos allí dentro de unos nueve minutos. El reflector estará en el muro a la una y cinco exactamente. Le pueden dar noventa segundos. Nada más.

–¿Qué pasa después de noventa segundos? –preguntó Leamas.

–Sólo le pueden dar noventa segundos –repitió el hombre–, si no, es demasiado peligroso. Sólo se han dado instrucciones a un destacamento. Creen que le mandan a infiltrarse en Berlín occidental. Les han dicho que no lo hagan demasiado fácil. Noventa segundos son suficientes.

–Espero que sí, demonios –dijo Leamas, secamente–. ¿A qué hora lo pone?

–He confrontado mi reloj con el del sargento que manda el destacamento –contestó el hombre. Una luz se encendió y se apagó rápidamente en la parte de atrás del coche–. Son las doce cuarenta y ocho. Debemos salir a la una menos cinco. Siete minutos que esperar.

Quedaron en silencio total, salvo por la lluvia que golpeaba el techo. La carretera de adoquines se extendía derecha ante ellos, cortada cada cien metros por sucios faroles. No había nadie por allí. Por encima de ellos, el cielo estaba iluminado por la luz artificial de los reflectores. De vez en cuando, el foco de un reflector centelleaba en lo alto y desaparecía. Muy a la izquierda, Leamas observó una luz que fluctuaba por encima del horizonte, cambiando constantemente de intensidad, como el reflejo de un fuego.

–¿Eso qué es? –preguntó, señalándolo.

–El Servicio de Información –contestó el hombre–. Un andamiaje de luces. Envían noticias breves a Berlín Este.

–Claro –murmuró Leamas.

Estaban muy cerca del final de la carretera de adoquines.

–No es posible volver atrás –continuó el hombre–. ¿No se lo dijo él? No hay segunda oportunidad.

–Lo sé –contestó Leamas.

–Si algo va mal, si se caen o se hacen daño, no vuelvan atrás. Les dispararán a vista en el terreno del muro. "Tienen" que pasar.

–Lo sabemos –repitió Leamas–; él me lo dijo.

–Desde el momento en que salgan del coche están en el terreno del muro.

–Ya lo sabemos. Ahora cállese –replicó Leamas. Y luego añadió–: ¿Se vuelve atrás con el coche?

–En cuanto bajen del coche, me lo llevaré. Es peligroso para mí también –contestó el hombre.

–Lástima –dijo secamente Leamas.

Hubo otro silencio; luego, Leamas preguntó: –¿Tiene pistola?

–Sí –dijo el hombre–, pero no se la puedo dar: él dijo que no debería dársela..., que era seguro que usted la pediría.

Leamas se rió sin hacer ruido.

–Sí que lo habrá dicho –dijo.

Leamas se puso en camino: el coche avanzó lentamente con un ruido que parecía llenar la calle.

Habían avanzado unos trescientos metros, cuando el hombre susurró excitado:

–Tuerza a la derecha, y luego a la izquierda.

Se metieron en una estrecha bocacalle. Había puestos vacíos de mercado a un lado y a otro, de manera que el coche pasaba justamente entre ellos.

–¡A la izquierda aquí, ahora!

Torcieron otra vez, de prisa, esta vez entre dos altos edificios, por lo que parecía un callejón sin salida. Había ropa tendida a través de la calle, y Liz se preguntó si pasarían por debajo. Al acercarse a lo que parecía el final sin salida, el hombre dijo:

–Otra vez a la izquierda: siga el camino.

Leamas se metió por la acera, cruzó el pavimento y siguieron un sendero ancho, bordeado por una tapia derrumbada a la izquierda, y un edificio alto y sin ventanas a la derecha. Oyeron un grito desde no se sabía dónde, por encima de ellos, una voz de mujer, y Leamas masculló:

–Ah, cierra el pico –mientras torcía torpemente en ángulo recto por un recodo del sendero, entrando inmediatamente en una calle importante–. ¿Por dónde? –preguntó.

–Cruce derecho: más allá de la farmacia, entre la farmacia y la oficina de correos... ¡ahí!

El hombre se inclinaba tanto hacia adelante que tenía la cara casi a la altura de la de ellos. Señaló ahora, por delante de Leamas, con la punta del dedo apretada contra el parabrisas.

–Echese atrás –siseó Leamas–. Quite la mano. ¿Cómo diablos voy a ver, si agita la mano por ahí de ese modo?

Cambiando ruidosamente de velocidad, avanzó cruzando de prisa la ancha carretera. Echando una mirada a la izquierda, le asombró distinguir la maciza silueta de la puerta de Brandenburgo, a unos trescientos metros, con el siniestro grupo de vehículos militares.

–¿Adónde vamos? –preguntó Leamas de repente.

–Casi hemos llegado. Vaya despacio ahora... ¡A la izquierda, a la izquierda! –gritó, y Leamas dio una sacudida al volante en el último momento; por una estrecha entrada, penetraron en un patio. La mitad de las ventanas faltaban o estaban clausuradas con tablas: las puertas vacías les miraban como ciegas, con la boca abierta. En el otro extremo del patio había una salida abierta.

–Por allí –llegó la orden susurrada, apremiante en la oscuridad–; luego todo derecho. Verá a la derecha un farol, quite el contacto al motor y siga hasta que vea una bomba de agua. Ese es el sitio.

–¿Por qué demonios no ha llevado el coche usted mismo?

–El ha dicho que lo llevara usted: dijo que era más seguro.

Pasaron por la salida y volvieron bruscamente a la derecha. Estaban en una calle estrecha, en una oscuridad absoluta.

–¡Apague las luces!

Leamas apagó, y avanzó lentamente hacia el primer farol. Delante, veían apenas el segundo farol. Quitando el contacto, siguieron impulsados lentamente hacia delante, hasta que, a unos veinte metros de él, distinguieron la confusa silueta de una boca de incendios. Leamas frenó y el coche acabó quedándose quieto.

–¿Dónde estamos...? –susurró Leamas–. Hemos cruzado la Leninallee, ¿no?

–En Greifswalderstrasse. Luego hemos doblado al norte. Estamos al norte de Bernauerstrasse. –¿En Pankow?

–Por ahí. Mire.

El hombre señaló una bocacalle a la izquierda. En el extremo vieron un breve trecho de muro, pardo gris en la fatigada luz de los focos. Por encima corría una triple barrera de alambre de espino.

–¿Cómo va a pasar la chica por encima del alambre?

–Ya ha sido cortado por donde van a trepar. Hay una pequeña abertura. Tienen un minuto para alcanzar el muro. Adiós.

Salieron del coche, los tres. Leamas cogió del brazo a Liz, y ella se sobresaltó como si le hubiera hecho daño.

–Adiós –dijo el alemán.

Leamas susurró solamente:

–No ponga en marcha ese coche hasta que hayamos pasado.

Liz miró un momento al alemán en la pálida luz. Tuvo la breve impresión de una cara joven, preocupada: la cara de un muchacho que trata de ser valiente.

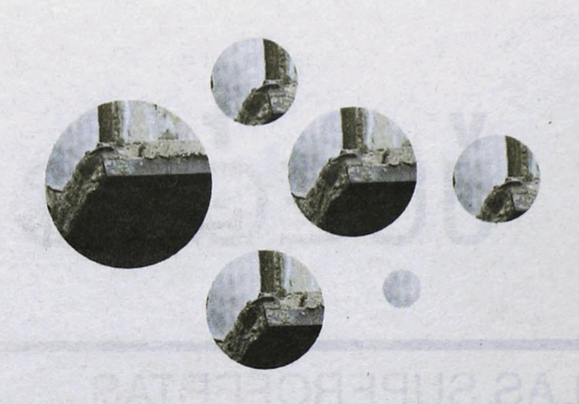
–Adiós –dijo Liz.

Se desprendió del brazo y siguió a Leamas a través de la calle y por el estrecho callejón que llevaba al muro.

Al entrar en el callejón oyeron que el coche se ponía en marcha detrás de ellos, daba la vuelta y se marchaba rápidamente en la dirección por donde habían venido.

–Nos dejas en la estacada, hijo de perra –murmuró Leamas, volviendo los ojos hacia el coche que se retiraba.

Liz apenas le oyó. ●



Liz–; lo mismo que Mundt y todos los demás... Yo debería saberlo; yo he sido la que ellos han hecho dar vueltas a patadas, ¿no? Por ellos, por ti, porque no te importa. Sólo a Fiedler le importó... Pero a todos los demás..., todos me habéis tratado como si fuera... nada..., solamente moneda con que pagar... Sois todos lo mismo, Alec.

–Ah, Liz –dijo él, desesperadamente–; por Dios, créeme. Lo odio, lo odio todo completamente; estoy cansado. Pero es el mundo, es la humanidad que se ha vuelto loca. Somos un precio pequeño que pagar... pero en todas partes es lo mismo; la gente estafada y extraviada; vidas enteras tiradas por ahí: gente fusilada y en la cárcel, clases y grupos enteros de hombres eliminados por nada. Y tu, tu Partido... Dios sabe si está construido sobre los cadáveres de gente corriente. Tú nunca has visto morir a los hombres como yo, Liz...

Oyéndole, Liz recordó el patio gris de la prisión, y la guardiana que decía: "Es una prisión para los que retardan la marcha..., para los que creen tener derecho a errar".

De repente, Leamas se puso tenso, escudriñando a través del parabrisas. En las luces del coche, Liz distinguió una figura de pie en la carretera.Tenía en la mano una pequeña luz que encendía y apagaba cuando se acercó el coche.

–Es él –murmuró Leamas; quitó el contacto de los faros y el motor, y se dejó ir silenciosamente adelante. Al llegar a su lado, Leamas se echó atrás y abrió la puerta trasera.

Liz no se volvió a mirarle cuando entró. Miraba rígidamente hacia delante, la lluvia que caía por la calle.

* * *

–Marche a treinta por hora –dijo el hombre. Su voz estaba tensa y asustada–. Le diré el camino... Cuando lleguemos al sitio, tiene que salir y correr al muro. El reflector estará encendido en el punto en que tiene que trepar. Póngase en la luz del reflector. Cuando la luz empiece a girar, apartándose, empiecen a trepar. Tendrán noventa segundos para pasarse. Usted vaya delante –dijo a Leamas–, y que la chica le siga. Hay salientes de hierro en la parte baja: después de eso, tiene que subir como puedan. Tendrá usted que sentarse encima y tirar de la chica para arriba. ¿Comprendido?

–Comprendido –dijo Leamas–. ¿Cuánto tenemos que andar aún?

–Si marcha a treinta estaremos allí dentro de unos nueve minutos. El reflector estará en el muro a la una y cinco exactamente. Le pueden dar noventa segundos. Nada más.

–¿Qué pasa después de noventa segundos? –preguntó Leamas.

–Sólo le pueden dar noventa segundos –repitió el hombre–, si no, es demasiado peligroso. Sólo se han dado instrucciones a un destacamento. Creen que le mandan a infiltrarse en Berlín occidental. Les han dicho que no lo hagan demasiado fácil. Noventa segundos son suficientes.

–Espero que sí, demonios –dijo Leamas, secamente–. ¿A qué hora lo pone?

–He confrontado mi reloj con el del sargento que manda el destacamento –contestó el hombre. Una luz se encendió y se apagó rápidamente en la parte de atrás del coche–. Son las doce cuarenta y ocho. Debemos salir a la una menos cinco. Siete minutos que esperar.

Quedaron en silencio total, salvo por la lluvia que golpeaba el techo. La carretera de adoquines se extendía derecha ante ellos, cortada cada cien metros por sucios faroles. No había nadie por allí. Por encima de ellos, el cielo estaba iluminado por la luz artificial de los reflectores. De vez en cuando, el foco de un reflector centelleaba en lo alto y desaparecía. Muy a la izquierda, Leamas observó una luz que fluctuaba por encima del horizonte, cambiando constantemente de intensidad, como el reflejo de un fuego.

–¿Eso qué es? –preguntó, señalándolo.

–El Servicio de Información –contestó el hombre–. Un andamiaje de luces. Envían noticias breves a Berlín Este.

–Claro –murmuró Leamas.

Estaban muy cerca del final de la carretera de adoquines.

–No es posible volver atrás –continuó el hombre–. ¿No se lo dijo él? No hay segunda oportunidad.

–Lo sé –contestó Leamas.

–Si algo va mal, si se caen o se hacen daño, no vuelvan atrás. Les dispararán a vista en el terreno del muro. "Tienen" que pasar.

–Lo sabemos –repitió Leamas–; él me lo dijo.

–Desde el momento en que salgan del coche están en el terreno del muro.

–Ya lo sabemos. Ahora cállese –replicó Leamas. Y luego añadió–: ¿Se vuelve atrás con el coche?

–En cuanto bajen del coche, me lo llevaré. Es peligroso para mí también –contestó el hombre.

–Lástima –dijo secamente Leamas.

Hubo otro silencio; luego, Leamas preguntó: –¿Tiene pistola?

–Sí –dijo el hombre–, pero no se la puedo dar: él dijo que no debería dársela..., que era seguro que usted la pediría.

Leamas se rió sin hacer ruido.

–Sí que lo habrá dicho –dijo.

Leamas se puso en camino: el coche avanzó lentamente con un ruido que parecía llenar la calle.

Habían avanzado unos trescientos metros, cuando el hombre susurró excitado:

–Tuerza a la derecha, y luego a la izquierda.

Se metieron en una estrecha bocacalle. Había puestos vacíos de mercado a un lado y a otro, de manera que el coche pasaba justamente entre ellos.

–¡A la izquierda aquí, ahora!

Torcieron otra vez, de prisa, esta vez entre dos altos edificios, por lo que parecía un callejón sin salida. Había ropa tendida a través de la calle, y Liz se preguntó si pasarían por debajo. Al acercarse a lo que parecía el final sin salida, el hombre dijo:

–Otra vez a la izquierda: siga el camino.

Leamas se metió por la acera, cruzó el pavimento y siguieron un sendero ancho, bordeado por una tapia derrumbada a la izquierda, y un edificio alto y sin ventanas a la derecha. Oyeron un grito desde no se sabía dónde, por encima de ellos, una voz de mujer, y Leamas masculló:

–Ah, cierra el pico –mientras torcía torpemente en ángulo recto por un recodo del sendero, entrando inmediatamente en una calle importante–. ¿Por dónde? –preguntó.

–Cruce derecho: más allá de la farmacia, entre la farmacia y la oficina de correos... ¡ahí!

El hombre se inclinaba tanto hacia adelante que tenía la cara casi a la altura de la de ellos. Señaló ahora, por delante de Leamas, con la punta del dedo apretada contra el parabrisas.

–Echese atrás –siseó Leamas–. Quite la mano. ¿Cómo diablos voy a ver, si agita la mano por ahí de ese modo?

Cambiando ruidosamente de velocidad, avanzó cruzando de prisa la ancha carretera. Echando una mirada a la izquierda, le asombró distinguir la maciza silueta de la puerta de Brandenburgo, a unos trescientos metros, con el siniestro grupo de vehículos militares.

–¿Adónde vamos? –preguntó Leamas de repente.

–Casi hemos llegado. Vaya despacio ahora... ¡A la izquierda, a la izquierda! –gritó, y Leamas dio una sacudida al volante en el último momento; por una estrecha entrada, penetraron en un patio. La mitad de las ventanas faltaban o estaban clausuradas con tablas: las puertas vacías les miraban como ciegas, con la boca abierta. En el otro extremo del patio había una salida abierta.

–Por allí –llegó la orden susurrada, apremiante en la oscuridad–; luego todo derecho. Verá a la derecha un farol, quite el contacto al motor y siga hasta que vea una bomba de agua. Ese es el sitio.

–¿Por qué demonios no ha llevado el coche usted mismo?

–El ha dicho que lo llevara usted: dijo que era más seguro.

Pasaron por la salida y volvieron bruscamente a la derecha. Estaban en una calle estrecha, en una oscuridad absoluta.

–¡Apague las luces!

Leamas apagó, y avanzó lentamente hacia el primer farol. Delante, veían apenas el segundo farol. Quitando el contacto, siguieron impulsados lentamente hacia delante, hasta que, a unos veinte metros de él, distinguieron la confusa silueta de una boca de incendios. Leamas frenó y el coche acabó quedándose quieto.

–¿Dónde estamos...? –susurró Leamas–. Hemos cruzado la Leninallee, ¿no?

–En Greifswalderstrasse. Luego hemos doblado al norte. Estamos al norte de Bernauerstrasse. –¿En Pankow?

–Por ahí. Mire.

El hombre señaló una bocacalle a la izquierda. En el extremo vieron un breve trecho de muro, pardo gris en la fatigada luz de los focos. Por encima corría una triple barrera de alambre de espino.

–¿Cómo va a pasar la chica por encima del alambre?

–Ya ha sido cortado por donde van a trepar. Hay una pequeña abertura. Tienen un minuto para alcanzar el muro. Adiós.

Salieron del coche, los tres. Leamas cogió del brazo a Liz, y ella se sobresaltó como si le hubiera hecho daño.

–Adiós –dijo el alemán.

Leamas susurró solamente:

–No ponga en marcha ese coche hasta que hayamos pasado.

Liz miró un momento al alemán en la pálida luz. Tuvo la breve impresión de una cara joven, preocupada: la cara de un muchacho que trata de ser valiente.

–Adiós –dijo Liz.

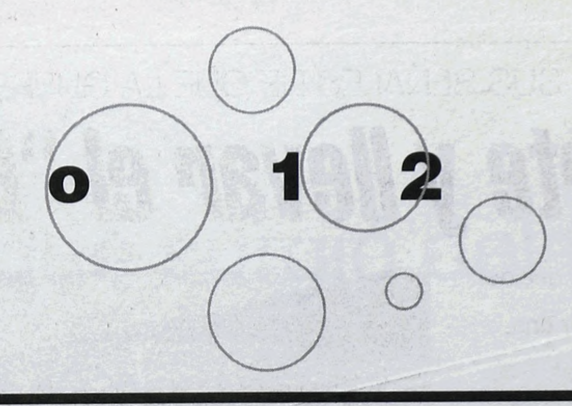
Se desprendió del brazo y siguió a Leamas a través de la calle y por el estrecho callejón que llevaba al muro.

Al entrar en el callejón oyeron que el coche se ponía en marcha detrás de ellos, daba la vuelta y se marchaba rápidamente en la dirección por donde habían venido.

–Nos dejas en la estacada, hijo de perra –murmuró Leamas, volviendo los ojos hacia el coche que se retiraba.

Liz apenas le oyó. ●

JUEGOS



LAS SUPEROFERTAS SUPERCONFUSAS

Los supermercados han iniciado una guerra de ofertas que alborotaron el barrio, y así crearon una superconfusión de productos y oportunidades: ya nadie sabe qué mercadería se vende con cuál y en dónde. ¡A ver si usted logra poner un poco de orden en las góndolas!



1. En el esquema encontrará cuatro números 1, cuatro números 2 y cuatro números 3. Tenga en cuenta que:
   - Entre las cuatro casillas con un 1, una y sólo una lleva un acierto.
   - Entre las cuatro casillas con un 2, dos y sólo dos llevan un acierto.
   - Entre las cuatro casillas con un 3, tres y sólo tres llevan un acierto.
2. El repollo venía junto con los fideos, pero no con la lavandina ni con el quitamanchas.
3. El arroz y el hinojo formaban una tentadora oferta.
4. Grandprixa no ofrecía ni café, ni fiambre, ni yerba.

	Almacén: Arroz	Café	Fiambre	Fideos	Yerba	Limpieza: Detergente	Jabón en...	Lavandina	Multiuso	Quitamanch.	Verdulería: Hinojo	Lechuga	Repollo	Tomate	Zanahoria
Supermercado Baratielli				2											
Grandprixa											1				3
Ku-Chu-Flito							1								
Panco-Mido															
Todomás					1				3						
Verdulería Hinojo															
Lechuga						2		3							
Repollo															
Tomate		1													
Zanahoria															
Limpieza Detergente				2											
Jabón en Polvo		3													
Lavandina				2											
Multiuso															
Quitamanchas															

S.O.S.

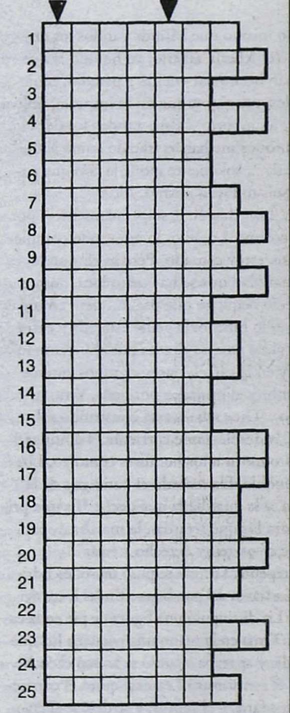
Supermercado	Almacén	Limpieza	Verdulería
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....

ACROSTICO

Encuentre las palabras definidas y escríbalas en el diagrama, a razón de una letra por casilla. Al terminar, en las columnas destacadas con flechas quedará formada una frase. Como ayuda, damos la lista de sílabas que componen las palabras.

DEFINICIONES

1. Conjunto de las teclas de un instrumento o máquina.
2. De la oblación.
3. Divinidad, dios pagano.
4. Sala de espera.
5. (Ernesto) Escritor.
6. Cuerpo de milicias.
7. Atontar, apabullar.
8. Llevar a cabo el sulfatado.
9. Gigantesco, monumental.
10. Hueso de la espalda.
11. Emitir silbidos.
12. Disposición, prevención.
13. Homosexualidad.
14. Benevolencia.
15. Inflorescencia donde los pedúnculos salen del mismo plano y al mismo nivel.
16. Emitir palabras con vehemencia.
17. Ultimo en un orden de cosas.
18. Paraje para el ganado.
19. Signo, indicio.
20. Salina.
21. Turbar la vista o la razón.
22. Natural, regular.
23. Sombrero de dos picos.
24. Atar, amarrar.
25. Teoría que sostiene la preeminencia de ciertas razas.



SILABAS

a, a, a, a, a, an, ba, bar, be, bi, bla, bon, car, cis, cla, cla, co, co, cor, dad, dad, dar, dei, dir, do, do, ex, fa, fus, gión, la, la, le, li, lo, ma, mal, mar, mí, mo, mo, mo, ne, no, no, nor, nu, o, o, o, pla, pres, pris, ra, ra, Sá, sa, sa, sal, si, sil, sín, so, sul, tar, te, te, ti, to, to, to, to, tur, um, ví, vo.

SOLUCIONES

SUPEROFERTAS SUPERCONFUSAS

Baratielli, fideos, detergente, repollo.
Grandprixa, arroz, quitamanchas, hinojo.
Ku-Chu-Flito, yerba, lavandina, lechuga.
Panco-Mido, café, jabón en polvo, zanahoria.
Todomás, fiambre, multiuso, tomate.

ACROSTICO

1. TECLADO/ 2. OBLATIVO/ 3. DEIDAD/ 4. ANTESALA/ 5. SABATO/ 6. LEGION/ 7. ATURDIR/ 8. SULFATAR/ 9. COLOSAL/ 10. OMOPLATO/ 11. SILBAR/ 12. APRESTO/ 13. SODOMIA/ 14. BONDAD/ 15. UMBELA/ 16. EXCLAMAR/ 17. NOVISIMO/ 18. APRISCO/ 19. SINTOMA/ 20. SALINERA/ 21. OFUSCAR/ 22. NORMAL/ 23. BICORNIO/ 24. ANUDAR/ 25. RACISMO.
"Todas las cosas buenas son baratas; todas las malas son caras." Thoreau.